

## I

Regresó a la vida y un estallido de luz lo cegó. Probó a aguzar los oídos:

— Ya está consciente — anunció un hombre con voz ronca.

— ¿Ha orientado la mirada? — preguntó alguien.

— No, sólo ha pestañeado durante unas décimas de segundo.

— Llama de inmediato al doctor Harper.

— ¿Puede decirme cómo se llama? — oyó decir a una mujer—. ¿Sabe dónde se encuentra? ¿Es capaz de precisar en qué año estamos?

— No tratamos a un paciente somnoliento ni a un enfermo confuso — afirmó el doctor Harper unos minutos después.

Sostuvo en alto el brazo de aquel hombre de cuerpo atlético y entreabrió sus ojos.

— Fíjese en mí y apriete mi mano, por favor — le requirió con amabilidad.

Esperó pacientemente hasta comprender que no iba a obtener respuesta. Luego, hizo algo que llamó la atención del médico en prácticas que lo acompañaba. Con la punta afilada de la aguja de una jeringuilla pinchó delicadamente al enfermo en diversas zonas del cuerpo. Cuando le punzó con fuerza una rodilla, los ojos del paciente se abrieron de par en par, con evidentes signos de dolor.

—No emite palabras ni obedece órdenes —apuntó el doctor Harper mientras examinaba el tamaño de las pupilas, su respuesta a la luz y la posición de los globos oculares—. Nadie se atrevería a asegurar que este hombre no sigue en estado de coma.

—Sin embargo, reacciona al dolor —puntualizó la enfermera jefe.

—¿Qué quiere decir? —preguntó atento el médico residente.

—Hubo traumatismo craneal y, por tanto, no es normal que abra los ojos a estímulos dolorosos —aclaró Harper.

—El informe señala que hubo parada cardiorrespiratoria y que se le practicaron con éxito maniobras de reanimación cardiopulmonar —leyó el joven—. La situación derivó en ventilación mecánica con inestabilidad hemodinámica.

—Debemos ser cautos y esperar unos días más hasta ver cómo evoluciona —concluyó el doctor Harper.

El hombre postrado acertó a distinguir cómo se alejaban unas figuras humanas vestidas con uniformes de color verde y blanco. Trató de mover la cabeza; sin embargo, constató que no le era posible. Con enorme dificultad alcanzó a ver un espacio muy amplio, salpicado de luz por todos los rincones. Practicó un ejercicio que lo ayudó a saberse con vida: fue poniendo nombre a todas las cosas que tenía enfrente. Creyó percibir sillas de ruedas y camillas plegables y de reconocimiento. Algo más cerca descubrió monitores y respiradores. Bombonas de oxígeno y mascarillas llenaban la estancia en aparente desorden.

—Al parecer, caminaba a oscuras por una vía poco transitada cuando fue atropellado por un coche. Desde entonces se halla en este estado —comentó alguien situado a la derecha de su cama.

—¿Se ha proporcionado un primer parte a la familia?

—De momento, nadie se ha interesado por él.



—Aún no me has dicho tu apellido —dijo el hombre mientras dejaba el móvil en la mesa.

—Bonino. Me llamo Daniela Bonino.

—Tu acento te delata. En cuanto hablé contigo por teléfono ya supe que eras argentina.

—Uruguay —lo corrigió.

Dos días antes se habían citado allí, en el Starbucks de Gran Vía.

—¿Llevas mucho tiempo dedicada a la fotografía?

—He trabajado varios años en Montevideo para una revista de viajes.

—Supongo que las cosas no andan muy bien por allí.

—Bastante mal. He decidido probar suerte en Madrid. Me quedaré acá hasta agotar los ahorros que traje.

—¿Dices que fue mi amigo Luis quien te proporcionó mi número de teléfono?

—Sí, fue la primera persona que conocí al llegar a España.

—¿Qué sabes de Associated Press?

—Lo de cualquier otra agencia. Sus corresponsales transmiten noticias a la central y ésta, después de tratarlas, las hace llegar a sus clientes.

—Nosotros los llamamos abonados. Ya puedes imaginarte: radios, revistas, diarios, televisiones...

—Es de Estados Unidos.

—Sí, fue creada en 1848. Es una cooperativa empresarial.

—La información que genera llegará, sin duda, a gran cantidad de gente.

—Se distribuye entre más de mil millones de personas. La empresa tiene unos cuatro mil trabajadores, repartidos por doscientas cuarenta oficinas de noventa y siete países.

Steven Swift dijo esto último con cierto aire de altivez, persuadido de pertenecer a una de las mejores agencias internacionales.

—¿Cuál es tu especialidad? —preguntó Daniela Bonino.

—He cubierto cualquier necesidad editorial: desde deporte, turismo y ciencia, hasta música, salud y naturaleza. Ahora me hallo centrado en un reportaje que trata de demostrar que los viajes a la luna no fueron falsos.

La mujer puso cara de extrañeza.

—Ya sabes que circulan argumentos con los que tratan de hacernos creer que ninguna persona pisó la luna en las primeras exploraciones tripuladas de la década de 1960. Detrás de eso no hay más que un cierto sentimiento antiestadounidense.

—Y mucha predisposición a pensar que los grandes efectos especiales no pertenecen en exclusiva al mundo del cine.

—Con esas claves no es difícil imaginar que se cuenten por miles quienes están convencidos de que los primeros viajes lunares fueron falsificados por la NASA para ganar la carrera espacial a la Unión Soviética.

—Un trabajo interesante —calificó ella después de unos segundos de silencio.

—Sólo se trata de un encargo. Y me pagan bien. No me quejo.

—No suenan muy ilusionantes tus palabras.

—Últimamente, hay algo que me motiva mucho más.

Se levantó y se quitó la chaqueta, que acomodó en el respaldo de un sillón.

—Quiero recabar información acerca de personas que, careciendo de antecedentes extraños o condicionantes especiales, desaparecen de un día para otro sin dejar rastro.

—Conozco una web especializada en adolescentes que se han marchado del hogar familiar —apuntó Daniela.

—No me refiero a eso.

—No hace mucho leí un informe de Amnistía Internacional en el que se denunciaba que más de cuarenta mil personas siguen desaparecidas en el mundo —prosiguió la joven.

—Eso tiene que ver con la desaparición forzada. Se trata de una grave violación de los derechos humanos. Yo pretendo utilizar el olfato en otro tipo de casos.

—¿Misteriosos?

—Acabo de crear un blog en el que solicito la colaboración de internautas de todo el mundo para que me faciliten información de personas desaparecidas. Supongo que algún día reuniré material suficiente para publicar un buen reportaje.

—Seguro que sí —lo animó la fotógrafa—. Por cierto, eres norteamericano...

—Periodista norteamericano de origen irlandés. Pero ¡vayamos al grano! Buscas trabajo, ¿no? Haré todo lo posible por conseguírtelo. No son pocos los fotógrafos que entran y salen en la agencia. ¡Apostemos por una pizca de suerte!

Alzó el vaso de espumoso café y esperó a que Daniela Bonino hiciese lo propio para brindar con ella.